

Inicio del Año Jubilar 2025 y Fiesta de la Sagrada Familia (29-12-24)

Homilía del Cardenal Carlos Castillo
(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

Iniciamos este Año Jubilar, este año de Jesucristo, nuestra esperanza, la esperanza que no defrauda, en medio de las decepciones que estamos teniendo en el mundo y en nuestro país, buscando que la esperanza nos ayude a reparar tantos daños, tantas crisis, tantos bajones, tanta desilusión. Y Jesucristo es la esperanza porque su vida ha sido constituida en revelación definitiva del único sentido que la vida tiene, que es el amor gratuito y generoso con el cual Dios nos ha creado y sigue siendo nuestro Padre. Ese amor gratuito que siempre nos permite volver de nuestros pecados y de nuestros males, recapacitar y emprender un nuevo camino, y que está retratado en todas aquellas personas que, creyendo en el Señor, han sabido vivir esta historia humana con tantos problemas, pero, a su vez, dando testimonio de que lo principal es el amor.

Y, como bien ha dicho mi vicario general, Monseñor Víctor Solís, debemos dar testimonio haciéndonos pequeños, bajando, descendiendo (a pesar de que la vida humana siempre nos lleva por ideas o sueños de grandeza y de aires de superioridad). El Señor nos enseñó ese camino y marcó la historia definitivamente porque quiso enseñarnos a ser hijos. Y no es casual que empecemos el Año Jubilar con el entorno más pequeño que todos tenemos a la mano, que es nuestra familia. Y una de las cosas más bellas de la familia

de Jesús es que su santidad y su sacralidad consisten en vivir hondamente su humanidad.

Y esta humanidad se manifiesta, sobre todo, en la forma en que se relacionan. Es una familia que trata las cosas, que camina dentro de los avatares de cualquier familia y trata de salir a través del diálogo, afrontando los problemas, no imponiéndose, sino tratando de comprender y de escuchar. Siempre que recordamos que predicamos en la misa de los niños en las parroquias este texto, los niños se sorprenden de que Jesús se haya escapado tres días de la casa (Lc 2, 41-52). Y para un niño desobedecer a los padres es el peor pecado. “He desobedecido a mamita, a papito...” Para ellos no hay peor pecado que la desobediencia a los papás, sobre todo, porque el niño se siente débil y agradecido de que los padres siempre nos acompañan, se sienten deudores.

Y cuando les digo a los niños: “Y, ¡cómo es posible que Jesús haya desaparecido tres días!” Ellos responden: “Seguramente que le dieron una tanda”. Después de tres días, ¿ustedes qué harían? Por lo menos lo resondrarían. Bueno, María no lo resonra, le pregunta, ¿Por qué nos has hecho esto? Esto es importante porque Jesús está inspirado permanentemente por su misión, y ya de pequeño empieza a intuir por dónde va su vida porque es el Hijo del Padre. Sin embargo, como humano, siente, hondamente, que la vida de su familia es importante y, simultáneamente, está llamado a más, está llamado a “las cosas de su Padre”.

Este texto lo comenta el Cardenal Martini, diciendo que, en el Evangelio se habla dos veces de esta forma: “las cosas

de mi Padre". Se dice en griego "eis idia" que significa "las cosas más profundas". Y eso mismo ocurre cuando el discípulo amado, Juan, recibe a María en su casa, no es en realidad en "su casa", sino "en las cosas de sí mismo", en su ser, en lo más profundo de su ser, en lo de sí. Y, por eso, este Año Jubilar comienza con acoger al Señor en lo más hondo nuestro ser y dejarnos llevar por el Padre y por su Espíritu para que nos oriente hacia una conversión sincera, reconociendo nuestros límites, entendiéndonos un poco más y entendiendo, sobre todo, a los otros, incluso, a los más pecadores.

Evidentemente, muchas interpretaciones van a surgir en torno a por qué nos conflictuamos tanto, por qué le fallamos tanto al Señor, y eso tiene que ser motivo de una reflexión honda. Por eso, como símbolo, el Papa ha abierto la Puerta Santa y hoy día hemos abierto la primera puerta de nuestras Basílicas con la intención de decir: "vamos a entrar en un proceso de recogimiento para entender nuestras cosas y entrar en las cosas del Padre, para redescubrir nuestra vocación".

El avatar de nuestra sociedad apurada nos lleva a no hacer las cosas del Padre, sino las cosas más inmediatas que se nos ocurren y que nos salen de la vida. Y decimos cualquier cosa, y nos apuramos y no vamos en la línea de la vocación que Dios nos ha dado a cada uno de nosotros, no solamente a los sacerdotes. "Vocación" significa "llamado gratuito de Dios a nosotros" por un camino misterioso que se va revelando, primero, inicialmente y, luego, poco a poco, hasta llegar a su plenitud. No es propiedad de nadie la

vocación, sólo de Dios. Por eso, cuando ordenamos a alguien o cuando alguien dice: “prometo obedecerte a ti y a tus sucesores”, no significa que nos debe algo al obispo o a aquel que le ha ordenado. No nos debe nada. Lo único que tiene que hacer es seguir la voluntad del Padre, a través de la obediencia en el camino del ministerio. Y, en esa obediencia, intentar siempre hacerlo en la línea del Padre y siguiendo la inspiración del Padre.

Es un camino de libertad y un camino de honda obediencia a Aquel que nos ha llamado, y que las autoridades en la Iglesia representamos en cierto modo, pero no totalizamos. La Iglesia no tiene una concepción totalitaria de la vocación en donde la autoridad somete a aquel que tiene vocación, ni a los sacerdotes, ni al Pueblo de Dios. Es un pueblo que camina inspirado por el Espíritu y lo obedece con la compañía de la autoridad, pero no para estar sometido esclavamente a la autoridad.

Por eso, en este texto, es interesante cómo María preguntando suscita una respuesta de acuerdo con lo que Jesús iba sintiendo. Y les dice: “¿Por qué me buscaban angustiados? ¿Acaso no tenía que estar en las cosas de mi Padre?”. Esta es una respuesta desde lo más profundo que Él siente, y lo expresa como hoy día los jóvenes expresan cuando sienten algo verdadero y hacen una cosa que no concuerda con la de los papás.

Este estilo conversatorio, dialogante, es el estilo sinodal. Por eso que esta es una ocasión magnífica para iniciar este Año Jubilar en donde también estamos llamados todos a nivel universal a plasmar la Iglesia Sinodal que, derivada

fielmente del Concilio Vaticano II, profundiza, intensifica y se pone a la altura de un mundo con problemas para acompañarlo y ayudarlo. No podremos tener una verdadera Iglesia mientras no se conversen las cosas, se discutan, se debatan y se renuncie y se aporte mutuamente hasta llegar a lo más adecuado y justo, siempre a la luz del Evangelio.

Y ese camino es difícil porque hay muchos que no están convencidos de que lo central es la Sinodalidad y la comunión que ya, en el Vaticano II, se estableció. Y se han establecido formas de trato dentro de la Iglesia de “arriba para abajo” que no son vigentes ya desde hace más de sesenta años, pero que tratan de recordar las formas coloniales y repetirlas como si fuéramos nosotros unos soldados que solo obedecen a la autoridad sin preguntarse.

Lo dijo el Papa preciosamente al final del Sínodo cuando refirió aquel poema de Madeleine Delbrêl que hemos ya recitado en otro momento, pero en donde le dice: *“Háznos vivir nuestra vida, no como un juego de ajedrez en el que todo se calcula, no como un partido en el que todo es difícil, no como un teorema que nos rompe la cabeza, sino como una fiesta sin fin donde se renueva el encuentro contigo, como un baile, como una danza entre los brazos de tu gracia, con la música universal del amor”*.

Y la Sinodalidad es eso, un baile armónico que permite que todos entremos y nos dejemos llevar por esa armonía para llenar de esperanza a la humanidad, de cariño, de alegría, de inspiración. Y ese camino que nos queda este año, especialmente, como un camino de conversión, tendría que despertar toda la imaginación que tenemos para mejorar

nuestras parroquias, nuestras comunidades, nuestros movimientos, nuestras congregaciones religiosas. Hace unos días habíamos tenido una elección de una hermana, mejor dicho, de las hermanas directivas de una congregación. Y, al final, quedaba un puesto, y el reglamento decía que lo debe ocupar la más antigua. En los evangelios siempre que hay un lugar más, el puesto lo ocupa el más pequeño. Y vamos a tener que hacer una reforma de acuerdo con el Evangelio, de entender toda la historia de la salvación, porque el Señor siempre elige a los pequeños. Por eso, hoy día, nuestros jóvenes han cargado la Cruz, porque tenemos que partir como Jesús, que se escapó de la casa, de su iniciativa para rehacer la familia.

Y eso que puede parecer un poco osado, Dios nos lo pone como tarea para poder ensayar la posibilidad de encontrarnos a través de la novedad y de retomar lo antiguo dentro de lo interesante y visible, generoso y positivo que tenga. No para anquilosarnos en el pasado y, finalmente, regresar a una concepción mortífera de la vida. Una concepción esperanzada siempre pone sus ojos en los nuevos, y tiene que saber de dialogar con ellos y vivir la aventura de la vida. Por eso, todos en nuestras familias hemos de iniciar este camino sinodal, pasando por las parroquias, siguiendo por las comunidades y, sobre todo, por favor, se los pido a los movimientos y a las congregaciones porque las reglas los han invadido más fuertemente que las parroquias y que las familias.

Han visto ustedes cómo, en el Antiguo Testamento, se norma: que el hijo siempre cuida al padre, etc. Está bien,

eso es muy importante porque si no, se es un irresponsable. Pero, también, el Nuevo Testamento nos enseña claramente que hemos de imaginar formas de ayudarnos, inclusive, y de perdonarnos. No es cuestión de perdonar “a secas”, a veces hay que retener y soltar. Eso sí, retener no eternamente. Si el chiquito se escapa de la casa, a veces, uno lo tiene que poner amarrado a la mesa para que no se vuelva a escapar. Pero no toda la vida lo vamos a tener amarrado a la pata de la mesa. Tenemos que soltar en algún momento.

Esta sabiduría en la cual crecía Jesús, en estatura, sabiduría y gracia, es la que vamos a tratar de acoger de parte de Jesús y de la Sagrada Familia en nuestra historia de este año. Aprender, sobre todo, de la sabiduría, porque la sabiduría no es simplemente cálculo. La sabiduría es inspiración, es intuición, es “olerse” las cosas. Y, a veces, por calcular demasiado, olvidamos el fundamento que nos permite calcular. El buen cálculo está precedido de inspiración y de intuición.

El Señor, hoy día, se ofrece a nosotros como el inspirador de nuestras vidas, y vamos a pedirle también al Señor que pueda generar en nuestro país un proceso nuevo en donde los que están empecinados en sus cosas puedan salir del empecinamiento y empezar a darse cuenta, en primer lugar, que no son felices y, en segundo lugar, que necesitamos de su felicidad para ser todos felices; pero no de su felicidad pecuniaria, sino de su felicidad humana. La humanidad está clamando por humanidad; toda la humanidad está clamando por esperanza.

Existe hoy el sueño de un sentir novedoso, esperanzado en la capacidad de perdonar y de recapacitar. Y, por eso, hoy día, vamos a darle gracias al Señor porque empezamos desde la casa, desde lo primero que tenemos delante. O sea que hoy día ya empezamos el Año Jubilar desde nuestra acción más inmediata y nuestra tarea cotidiana.

Que Dios bendiga a toda nuestra ciudad unida a todo el mundo en el Jubileo, y bendiga al Santo Padre que ha tenido esta iniciativa de hacernos recordar que tenemos una enorme responsabilidad si nuestra iglesia es un signo real de amor gratuito y generoso, promotor de las personas y vivificador del mundo y de la humanidad en peligro.

Amén